

La Oración Dominical

Primera petición del Padrenuestro

Explicado ya en la Hojita de Fe anterior el sentido del preámbulo de la Oración Dominical, «*Padre nuestro que estás en los cielos*», toca ahora exponer el significado de las siete súplicas de que se compone esta Oración. Sobre las cuales no estará de más dar algunas indicaciones generales, antes de pasar a profundizar la primera súplica.

1º Indicaciones generales sobre las siete peticiones de la Oración Dominical.

1º El *Padrenuestro* es llamado **Oración Dominical**, no sólo porque nos la enseñó Nuestro Señor, sino también porque es la oración con que El mismo rezaba al Padre en nombre de todos nosotros; de modo que, al enseñárnosla, el Salvador nos hace entrar en sus propias aspiraciones, para que su Cuerpo místico reze con la misma oración con que reza la Cabeza.

2º Nuestro Señor, en esta Oración, resume todo lo que podemos y debemos pedir al Padre, a fuer de hijos suyos, en **siete peticiones**, perfectamente ordenadas y escalonadas, las cuales quedan divididas en dos partes, a semejanza de las dos tablas de la Ley: la primera parte encierra las súplicas referentes a la *gloria de Dios*, que debe ser la primera preocupación de todo cristiano, mientras que la segunda parte encierra las súplicas referentes a *nuestras propias necesidades*. De esta manera Nuestro Señor nos enseña a respetar el orden de las cosas según como deben apeteerse y desearse.

En la primera parte se pide, de forma gradual y ascendente: • **ante todo**, que el **NOMBRE de Dios** sea santificado, esto es, reconocido como Santo y como fuente de toda santidad; • **luego**, que este reconocimiento lleve al establecimiento del **Reino de Dios** en todas partes; • **finalmente**, que como resultado de este Reino, todas las voluntades de la tierra se conformen con la **voluntad de Dios** como sucede en el cielo.

En la segunda parte se pide, también de forma gradual: • **ante todo**, la concesión de **los bienes** que necesitamos, resumidos en el pan nuestro de cada día; • **y luego**, la liberación de **los males** que nos rodean y amenazan, los cuales son de tres tipos: uno es el mal del PECADO, del que pedimos ser perdonados; otro es el mal de la TENTACIÓN,

de la cual pedimos no dejarnos llevar; y el tercero son los MALES TEMPORALES, que son penas de nuestros pecados, y de los cuales pedimos quedar libres.

2º Significado de la primera petición: «Santificado sea tu Nombre».

Debemos, pues, dar comienzo a nuestras oraciones por la petición de las cosas referentes a Dios, por ser Dios el Bien sumo e infinito, que debe ser amado con amor absoluto y supremo. Y la primera de las cosas referentes a Dios es *su gloria*. Pero hay que saber que en Dios cabe una doble gloria:

1º La *gloria esencial*, consistente en la clara manifestación y alabanza infinita de las perfecciones divinas dentro de la misma esencia de Dios. Esta gloria, que es común a las tres divinas personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es rigurosamente infinita, y en cuanto tal, no puede carecer de nada ni ser aumentada, ni puede venirle a Dios de ninguna creatura.

2º La *gloria externa*, consistente en la alabanza que las creaturas han de rendir a Dios por sus perfecciones, tal como se manifiestan en la creación y logra conocerlas la creatura espiritual, tanto humana como angélica. Esta es la única gloria que Dios puede exigir de la creatura, y la única que la creatura puede dar al Creador, haciendo que su Nombre sea conocido y amado en todas las naciones, trabajando por la extensión de su Reino, y sirviéndole por el perfecto cumplimiento de sus voluntades.

Dios es el Bien infinito y, como tal, busca difundirse y comunicarse. Y de hecho, libremente, decidió comunicar sus perfecciones a criaturas sacadas de la nada. Al crear tanta variedad de seres, lo que Dios pretendía era que sus distintas perfecciones quedaran participadas y reflejadas con una riqueza digna de El. Con todo, esta creación era sólo un espejo de las perfecciones de Dios: se limitaba a manifestarlas, pero no era capaz de santificar su Nombre, esto es, de reconocer esas mismas perfecciones, dándole a Dios un tributo de alabanza, de acción de gracias y de dependencia voluntaria. Para ello hacía falta que la creación se viera coronada con criaturas de naturaleza inteligente, que contemplando la imagen de Dios reflejada en la creación inferior, le dirigieran un cántico de alabanza, de agradecimiento y de súplica.

*Y así Dios creó a los ángeles y a los hombres, asignándoles como meta la **santificación y glorificación de su Nombre**, y dándoles el sublime ministerio de llevar a todas las demás criaturas a tomar parte en ese concierto de glorificación de Dios. Sin embargo, Dios no quiso que ángeles y hombres santificaran su Nombre en un orden puramente natural, conociendo al Creador a partir de sus efectos, y amándolo como supremo Autor y Bienhechor; sino también en un orden sobrenatural, entrando en el misterio de su vida íntima, compartiendo la misma vida y dicha que El tiene y de que El goza; de manera que esta santificación de su Nombre fuese no sólo la gloria del Creador, sino también la dicha y felicidad de la criatura.*

Por *Nombre de Dios* entendemos aquí, no la palabra tomada materialmente, letras y sílabas, sino lo significado por esa palabra, a saber, la Esencia y Majestad divinas, cualesquiera que sean los vocablos con que la designemos, como los de

Señor, Omnipotente, Fuerte, Altísimo, Creador, Señor de los Ejércitos, Rey de reyes, y otros semejantes.

¿Por qué debe ser **santificado el Nombre de Dios**? No porque necesite de por sí santificación alguna, ya que es «*Santo en sí mismo*» (Lc. 1 49), sino porque en la tierra es honrado mucho menos de lo que es justo, y muchas veces es ultrajado con maldiciones y horribles blasfemias; y por eso pedimos que sea celebrado con alabanzas, honor y gloria, en nuestra inteligencia, en nuestro corazón y en nuestros labios, a imitación de las alabanzas, honor y gloria que le tributan los bienaventurados en el cielo.

¿Cuándo es **santificado** y glorificado **el Nombre de Dios**? Cuando es conocido sobrenaturalmente mediante la fe; cuando es amado sobre todas las cosas mediante la caridad, y alabado, reverenciado y divulgado por toda la redondez de la tierra; cuando el nombre de Dios viene a ser para las criaturas el apoyo de toda su esperanza, la garantía de todas las promesas divinas, la seguridad de todos los dones, y el apoyo indefectible de la criatura en Dios en todos los aspectos de su vida.

3º La santificación del Nombre de Dios, principal meta de Nuestro Señor Jesucristo.

Los primeros santificadores del Nombre de Dios, después de los ángeles, fueron Adán y Eva. Al crearlos, Dios les infundió la gracia santificante que los convertía en hijos suyos, y los colocó en el paraíso terrenal. Juntamente con la gracia, nuestros primeros padres gozaron de un conocimiento muy grande de Dios, y de un amor inmenso a Dios.

En ese conocimiento y amor de Dios, Adán se sometía plenamente a sus santas leyes, y respetaba los derechos de Dios. Así era entonces **santificado el nombre de Dios**. El conocimiento de ese nombre, Adán y Eva debían difundirlo, comunicándolo a sus hijos, y enseñándoles a honrarlo, a obedecerle, a someterse a El. Comenzaba así la obra de santificación del Nombre de Dios, que debería haber caracterizado la historia de la humanidad.

Por desgracia, el pecado de Adán y Eva desbarató esta glorificación del Santo Nombre de Dios. Al desobedecer a Dios, nuestros primeros padres dejaron de rendirle la honra que le debían; y no sólo eso, sino que mancillaron su ministerio de ordenar todas las criaturas a la gloria de Dios; y, lo que es más triste, engendraron a una humanidad que, en la mayoría de sus miembros, ultrajaría el Nombre de Dios con toda clase de idolatrías, maldiciones y blasfemias, y abusaría de las criaturas para ofender al Creador.

Es esa **santificación del Nombre de Dios** lo que Nuestro Señor Jesucristo debía asegurar al encarnarse. Cristo vino a redimirnos, sí, pero vino antes para restablecer la gloria de su Padre, y hacer posible de nuevo esa finalidad de la creación, la santificación del Nombre de Dios. ¿Para qué? Para que venga de nuevo a nosotros su Reino, y Dios, en lugar de criaturas rebeldes, vuelva a tener súbditos dóciles e hijos amantes, y así se establezca el Reino de Dios en cada uno de noso-

tros: en nuestra inteligencia, recibiendo con docilidad las luces de la fe; en nuestra voluntad, amando a Dios y cumpliendo su voluntad con actitudes filiales; y que de este modo la gracia vuelva a someter unas facultades que el pecado original dejó terriblemente desordenadas.

4º Cómo volver a santificar el Nombre de Dios después del pecado.

El cristiano, en esta primera súplica del *Padrenuestro*, se asocia a la sed ardiente de Cristo de ver de nuevo santificado el Nombre de su Padre. Y como es necesario, para que tenga lugar esta santificación, volver a conducir a Dios a todos los hombres, tanto a los que ahora son infieles o pecadores, como a los que ya son cristianos, a todos ellos engloba esta primera petición de la Oración Dominical. En ella pedimos, pues:

1º Que el Nombre de Dios sea santificado *entre los infieles*, abandonando las tinieblas de la infidelidad, recibiendo el bautismo en Nombre de la Santísima Trinidad para ser justificados, y reconociendo la virtud del Nombre de Dios mediante la búsqueda de la verdadera santidad; pues no puede haber purificación ni justificación de ningún hombre sobre quien no se haya invocado el Nombre de Dios (todos han de ser regenerados «*en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*»).

2º Que el Nombre de Dios sea santificado *entre los pecadores*, rogando que también los que mancharon sus túnicas bautismales recobren su primitiva santidad mediante el Sacramento de la Penitencia.

3º Que el Nombre de Dios sea santificado *entre los fieles cristianos*, no sólo con la palabra, sino también mediante el ejemplo ante los demás de una vida santa, como Nuestro Señor lo exigió de sus discípulos: «*Brille vuestra luz ante los hombres, de modo que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos*» (Mt. 6 16); pues, por desgracia, muchos son los cristianos que, alabando con su boca el Nombre de Dios, lo ultrajan y profanan con su conducta, siendo así motivo de que los demás difamen el Nombre de Dios y de la santa Religión católica.

4º Finalmente, que el Nombre de Dios sea santificado *entre todos los hombres*, rogando principalmente que todos crean y veneren a la Esposa de Jesucristo, la Iglesia nuestra Madre, única depositaria de los Sacramentos, y a la cual pertenece exclusivamente la invocación del Nombre divino, «*único dado a los hombres por el cual deban ser salvos*» (Act. 4 12); y que Dios infunda su luz en las almas para que todos vean que los bienes, corporales y espirituales, los recibimos del Señor, cuya Providencia se sirve de las causas segundas como de instrumentos para prodigarnos la vida, el sol, el aire, el alimento, la salud, la paz en las sociedades.